

por más racional y democrático al sistema actual de oposiciones, que el propio ministro defendió el otro día como "solución menos mala". ¿Entre cuáles? En todo caso, los penenes de instituto, de los que muchos llevan ya años trabajando como contratados, se niegan a cumplir ahora el papel de simples aspirantes a unas plazas súbitamente sacadas por el Ministerio a concurso-oposición. Ellos están ya dentro de la enseñanza y —por si fuera poco— han venido siendo "seleccionados" año tras año por informes de directores y jefes de seminario. Les asisten, pues, unos derechos que deben traducirse en un contrato de trabajo, firmado el cual los penenes quedarían sometidos, al igual que los que fuesen entrando, al sistema de control permanente y público de la calidad de la enseñanza. Antes de nada, los penenes exigen del Ministerio la congelación del concurso-oposición anunciado para cubrir 4.000 plazas este año.

El tema de la estabilidad laboral, íntimamente unido al del control democrático de la actividad educativa, está también en las raíces de otra huelga, la de los penenes de Universidad, que no es, como pretenden algunos, una medida de simple apoyo a los de instituto, sino que tiene sus motivaciones propias por más que ambas coincidan en atacar el funcionamiento burocrático y paralizante de la enseñanza, que está convirtiendo a nuestras instituciones en verdaderos seriales.

La huelga de penenes de Universidad, que la semana pasada afectaba ya a 130 centros —de un total de 208 computados—, quiere ser al mismo tiempo respuesta a la elaboración reciente por el Consejo de Rectores de Universidad y a espaldas totalmente de aquel sector de un "estatuto del profesorado", de cuyo contenido los profesores no numerarios no han sido todavía directamente informados.

Los penenes denuncian así la "maniobra" que supone, según ellos, el que en lugar de consultarles a través de sus representantes, el Ministerio haya decidido, al parecer, enviarles a cada uno de ellos un formulario de encuesta, que recogerá solamente aquello que interese. Como también califican de "maniobra destinada a dividir al movimiento", la decisión del Ministerio de sacar más plazas a concurso mediante oposiciones reformadas. El problema no está, explican, en facilitar o hacer más atractivas las oposiciones, sino que es preciso acabar de una vez con un sistema que premia, entre otras cosas, los traslados —nadie ignora los absurdos meandros que hay que seguir para terminar conquistando una cátedra vitalicia en Madrid—, favorece el compadreo y hace que el personal docente se preocupe más del escalafón funcionarial

que la propia labor docente o investigadora.

De ahí precisamente que los penenes planteen entre sus primeras reivindicaciones la autonomía universitaria, que supone la capacidad de cada centro para contratar a su personal bajo el control directo de una comisión tripartita y paritaria, es decir, con participación de todos los interesados.

De ahí también que, frente a la actual estructura jerárquica, aboguen por un cuerpo homogéneo de enseñantes con una división única entre profesorado en fase de formación y profesorado de base. El acceso a esta segunda categoría se realizaría mediante la valoración pública y objetiva de la labor docente, investigadora y publicística del aspirante. Ni más ni menos que como ocurre en otras latitudes democráticas.

Para garantizar permanentemente la calidad de la enseñanza, cada cinco años, por ejemplo, todo el profesorado de base sería sometido a un control de la comisión de contratación. Naturalmente todo esto puede resultar mucho más incómodo a la larga para un profesor que conquistar un día una cátedra y con ella el derecho a dormirse en los pasados laureles.

Tal clase de estabilidad —en ningún caso indiscriminada, sino como hemos visto sometida a revisión periódica— es la que reclaman los penenes en lugar de su precaria situación actual, que permite el despido —o, lo que es lo mismo, la renovación del contrato— de un profesor por incompatibilidad con el catedrático de turno, por razones ideológicas, como parece ser el caso sangrante del profesor Fernando del Val, o simplemente porque sí, sin que el afectado tenga derecho a ningún tipo de reclamación laboral —todo ha de hacerse por la lenta vía de lo contencioso-administrativo—, ni, por supuesto, al seguro de paro.

Però la huelga actual no se limita a los penenes de los institutos y Facultades y escuelas universitarias, sino que alcanza —aunque de esto prácticamente no se ha hablado— al propio Conservatorio. Aquí no se ha llegado a plantear el problema de los concursos-oposiciones, porque de hecho y a pesar del crecimiento constante en el número de alumnos —hoy por hoy 8.000, aproximadamente, de los que 5.500 están a cargo de no numerarios— no se ha aumentado en varios años la dotación de plazas. Lo que, sin embargo, estos penenes tienen en común con los de Universidad o Instituto es la inestabilidad de empleo. Ciertos profesores que llevan hasta ocho años trabajando, han tenido que firmar contratos por tres meses, cuando no en blanco.

Y mientras todo esto pasa a su alrededor, el Ministerio, erre que erre. ■ JOAQUIN RABAGO.

La Capilla siXtina

EL PENULTIMO OBSTACULO

APROVECHANDO el trauma sentimental por el que pasa la chica, estos días trato de concienciar a Encarna sobre las ventajas de la democracia que ella llama formal y que yo llamo compartida. Está Encarna sacudida por la contemplación en directo de lo que hoy es excepción y mañana puede ser regla. Este anticipo de "argentinización" la ha obligado a reconsiderar cosas y uno presiente que de un momento a otro Encarna emitirá un comunicado con sus nuevas conclusiones a partir de las propuestas de la realidad. Yo pretendo llevar las aguas a mi molino y no pasa momento en su compañía sin que me afane en predicar la necesidad y ventaja de la "coexistencia pacífica".

—Encarna. Sólo falta saltar el penúltimo obstáculo y todo el país puede ponerse en marcha hacia la construcción de la democracia. La crisis de los pilares de la dictadura se ha resuelto por caminos evidentemente persuasivos y a esa persuasión ha ayudado mucho la paciencia de la izquierda, su necesitado afán de didacticismo. La entrada de la Iglesia en las vías de la reconciliación nacional fue un paso decisivo. Ahora falta el explícito acuerdo de las Fuerzas Armadas y los síntomas son esperanzadores. Cuando la extrema derecha tiende a armar a sus civiles y mercenarios, eso quiere decir que trata de sustituir el control social e histórico delegado en las Fuerzas Armadas proplamente dichas.

Encarna no me contesta. A veces una lucecita de cachondeo se le enciende en los ojos, pero en su impresionante primitivismo moral no dura mucho el cachondeo. Este tipo de personajes pasan la moviola de la vida en claroscuro, y sombras y luces quedan separadas siempre irremediadamente. Los cuerpos próximos y acerbados le impiden a Encarna la respuesta zumbona o airada, pero yo sé que no se deja convencer, que en la retaguardia se va recuperando, y un día u otro estallará o se quedará en silencio para siempre, porque el diálogo entre Encarna y yo sólo tiene sentido en el contexto de la disputa entre las dos metodologías revolucionarias que siempre son, en lo personal, dos metodologías de supervivencia ética y estética.

—Encarna. El penúltimo obstáculo está a punto de ser rebasado. La actitud de la izquierda dando el pésame a las familias e instituciones de los guardias, el bocadillo que se han comido juntos Miláns del Bosch y el Rey, la audiencia entre el Rey y el general Iniesta, el decidido compromiso de Gutiérrez Mellado... Hay que tener en cuenta, Encarna, que todas las Fuerzas Armadas han vivido durante treinta y siete años en plena ideología que les hacía aparecer la democracia como obra del diablo. Las correcciones ideológicas son lentísimas, pero, a la larga, determinantes.

—Muy bien. Ya está a punto de saltarse el penúltimo obstáculo.

—¿Lo admites?

—Lo admito.

¡Dios de los soviets! ¡Por fin! Empiezo a contemplar a Encarna con alborozo apostólico cuando advierto que sus ojos crecen, síntoma evidente de que prepara la tempestad dialéctica.

—¿Y el último obstáculo?

—¿Qué último obstáculo?

—Muy bien. Elecciones. Sin exclusiones. Libertad sindical. Muy bien. Todos pactamos. Cojonudo, don Sixto, cojonudo. Un cheque en blanco de la clase obrera. Muy bien. Pacto social, chipén. ¿Pero cuando haya que meter en cintura a la oligarquía que ha campado por sus respetos? Cuando se vea que un cambio político es inútil si no repercute en un estatuto social y económico favorable a la clase obrera o si usted quiere "a las clases populares". ¿Qué?

—Encarna. No me empujes. Que aún estamos en pleno penúltimo salto y nos podríamos caer. Las vallas vienen una detrás de otra, pero se suceden dentro de la misma carrera.

—Váyase a hacer de sabio chino a Formosa. ¡No te enrolles, Charles Boyer! ■

SIXTO CAMARA